

ad vitam; si non credit, immortalis est ad pœnam. S. Aug. lib. 3 de Symbol.

Cum te Deum quero, vitam beatam quero. Queram te, ut vivat anima mea: vivit enim corpus meum de anima mea, et vivit anima mea de te. Idem lib. 10 Confess.

Si magnæ mercedis est à morte eripere carnem, quamquam morituram; quanti est meriti à morte liberare animam, in cœlesti patria sine fine victuram? S. Greg. Hom. 23.

Tres vitales spiritus creavit omnipotens Deus: unum qui carne non regitur; alium qui carne regitur, sed non cum carne moritur: tertium qui carne regitur, et cum carne moritur. Primus angelorum, secundus hominum, tertius brutorum animalium. Idem lib. Dialog.

Advertistis tres esse sanctorum status animarum: primum videlicet in corpore corruptibili; secundum sine corpore; tertium in corpore jam glorificato: primum in militia, secundum in requie, tertium in beatitudine consummata. S. Bern. serm. 107.

O anima insignita Dei imagine, decorata similitudine, desponsata in fide, redempta sanguine, deputata cum angelis, capax beatitudinis... quid tibi cum carne, qua haud aliud vilis sterquilinum invenisti? Idem in medit.

vida eterna; si no la tiene, fe, inmortal para las penas eternas.

Cuando te busco á tí, Dios mio, busco la vida feliz. Te buscaré, pues, para que viva mi alma, pues así como mi cuerpo vive por mi alma, así mi alma vive por tí.

Si es digno de gran premio el salvar la vida del cuerpo, que al fin debe morir; ¿de cuánto mayor mérito no será librar de la muerte al alma, destinada á vivir eternamente en la pátria celestial?

Tres espíritus animados crió el omnipotente Dios: uno que no vive unido á ningun cuerpo; otro que vive unido al cuerpo, pero que no muere con él; otro que vive unido al cuerpo y muere con él. El primero es el ángel, el segundo el hombre, el tercero es el espíritu de los irracionales.

Habéis visto los tres estados en que pueden hallarse las almas santas: el primero, unidas al cuerpo corruptible; el segundo, separadas de él; y el tercero, unidas al cuerpo ya glorificado: el primer estado es el de lucha; el segundo, de descanso; el tercero, de una bienaventuranza consumada.

¡Oh alma ennoblecida con la imágen de Dios, condecorada con su semejanza, desposada con él por la fe, redimida con su sangre, destinada á vivir con los ángeles y capaz de una eterna bienaventuranza! ¿qué tienes que ver con tu carne, que es lo que hay de más inmundo?

Opinio immortalitatis animæ fundamentum religionis et honestatis; quam quis non credit, tollit spem ulterius vitæ, et nihil restat nisi prostitutio virtutum. Guill. Paris. lib. de immortal. animæ.

La sentencia de la inmortalidad del alma es la base de la religion y de la moral; porque el que no la cree, al perder la esperanza de otra vida mejor, solo puede presenciar la prostitucion y ruina de toda virtud.

VERDAD.

(AMOR Y TEMOR DE LA)

Veritatem requireret Dominus.
El Señor inquirirá la verdad.

(PSALM. XXX, 24.)

No hay cosa alguna en que los movimientos de nuestro corazon sean más equívocos, y en que el hombre parezca más contrario á sí mismo, que cuando se trata de la verdad. Él la ama y la aborrece; la busca y la huye; se regocija con ella, y por ella se aflige algunas veces; consiente con gusto en lo que le dicta, y otras las resiste con obstinacion; en muchas ocasiones triunfa por que la ha conocido, y en otras quisiera desterrarla para siempre de su espíritu; finalmente, el dejarse vencer de la verdad lo tiene á mucha honra y gloria suya muchas veces, pero en algunas ocasiones halla en eso mismo su mayor tormento. ¿Qué cosa hay, pues, que en la apariencia se acerque más á la contradiccion que estos impulsos y sentimientos, y esta conducta tan opuesta? Para concordar todo esto, distingo dos especies de verdades, que se dirigen á nosotros, y en cuyo uso consiste toda la perfeccion, ó todo el desórden de nuestra vida. Hay una verdad que nos reprende, y hay una verdad que nos lisonjea: la primera nos manifiesta lo que tenemos de defectuosos y viciosos; y la segunda nos representa lo que tenemos, ó lo que creemos tener de laudable y bueno. Esto supuesto, intento haceros ver que es fácil concordar estas contrariedades que, segun parece, dividen el corazon del hombre en

lo que toca á la verdad; porque bien mirado, si la amamos, es porque nos reprende. Estos dos desórdenes quiero hoy combatir y destruir, y ved lo que digo en dos palabras; que de todas las verdades, *la que debemos principalmente amar, es la que nos reprende*; esta es la primera parte; y *la verdad que debemos temer más, es la que nos lisonjea*; esta es la segunda parte. Este asunto dará motivo á reflexiones útiles. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

1. No hay verdad alguna que debamos amar más que la que nos reprende. Las razones que á esto mueven son evidentes; porque ¿qué cosa hay más ventajosa para nosotros que conocernos á nosotros mismos, comprender que hay una virtud soberana para corregirnos y perfeccionarnos, y conocer lo que comunmente se procura ocultarnos? Y sobre todo, ¿qué cosa nos es más ventajosa que conocer con efecto lo que es más difícil de saber, y de lo que no podemos intentar instruirnos sinó por medio del celo, no solo sencillo, si que tambien generoso y muy conforme á nuestro bien? La verdad que nos reprende tiene en sí todas estas cualidades, como voy á hacérselo ver con la mayor claridad. Primeramente, ella hace que nos conozcamos á nosotros mismos, y sin ella no podríamos esperar el conocernos jamás. Despues de conocer á Dios, no hay cosa que más debamos desear que el conocimiento de nosotros mismos; y aún S. Agustín dudaba, si nos era más necesario conocernos á nosotros mismos que conocer á Dios; porque, hablando con propiedad, estos dos conocimientos, principalmente en el orden de la gracia y de la salvacion, no pueden estar separados, y el uno depende esencialmente del otro. Ninguno puede conocerse, si no ama la verdad que le reprende. Poned en esto toda vuestra atencion; yo no puedo conocerme si no amo la verdad que me reprende, porque debo estar persuadido de que por más cuidado que ponga en arreglar mi vida y mi conducta, y por más bueno y justo que sea el testimonio que yo me dé en este asunto, tengo todavía mil flaquezas y mil desórdenes que no advierto, pero que los demás saben muy bien observar. Aunque me ocupara sin cesar en arreglar mis acciones y en examinar mi conducta, nunca tendria las luces necesarias ni el preciso conocimiento para descubrir todas las flaquezas y todos los desórdenes que tengo; porque mi amor propio, que es como un espeso velo, me ocultaria siempre mucha parte, y me impediria el hacerme justicia exacta en todo lo demás. Es forzoso, pues, ó que renuncie enteramente el conocerme, ó que supla con los conocimientos que otros tienen de mí los que á mí me faltan; y como hay en mí un gran número de verdades que

me fortalecen y son capaces de humillarme, es preciso que apruebe el que me digan estas verdades otros, pues que yo no tengo el conocimiento que debo para decírmelas á mí mismo.

Si la verdad que nos reprende es necesaria para conocernos, es tambien eficaz para corregirnos. Las otras verdades nos instruyen, nos mueven y nos convencen, pero no nos mudan; mas ésta, sin instruccion, sin convencimiento y sin discurso, ó diciéndolo mejor, por el discurso más fuerte, por el convencimiento más eficaz, y por la instruccion más breve y más fácil, tiene poder para convertirnos; porque haciéndonos entrar en nosotros mismos por el conocimiento que nos dá, nos obliga á salir del error por la penitencia. Estos son dos movimientos y dos defectos que produce en nosotros por una consecuencia casi natural, y que hacen toda la perfeccion del hombre, porque en lugar de que la buena opinion y juicio que teníamos de nosotros mismos nos echaba á perder, y nos hacia superiores á nuestra flaqueza, por vanidad ó por ligereza; esta verdad enfadosa que nos reprende, nos llama dentro de nosotros mismos, nos recoge en nuestro interior, y nos hace poner alguna reflexion en nuestra vida, de cuyo conocimiento es casi imposible podernos separar; y como en virtud de este conocimiento no vemos en nosotros cosa que no sea imperfecta y capaz de humillarnos, no pudiendo en este estado sufrirnos á nosotros mismos, ni permanecer así, hacemos un esfuerzo para elevarnos y hacernos superiores á nosotros mismos, que es el verdadero movimiento y efecto de la penitencia; y esto es lo que nos sucede aunque seamos poco fieles, y no correspondamos, como es justo, á la gracia de Dios. Una verdad, dicha á tiempo, basta, en ciertas circunstancias, para arrancar de nuestro corazon una envejecida y viciosa costumbre y una pasion. Años enteros de reflexion no habian conseguido nada en este punto, y todos los demás medios habian sido inútiles é ineficaces á este fin; pero este consejo y aviso dado en tal tiempo, con discrecion y prudencia, es el golpe saludable que nos sana.

El asunto importante y lo que nos conviene, es hallar un hombre discreto, constante y verdadero amigo, que nos descubra esta verdad; esto es tan difícil y raro, que Salomon lo considera como un tesoro; pero esto mismo es precisamente la tercera razon que nos obliga á buscar la verdad, y lo que debe hacérsela más preciosa y estimable; porque el conocimiento de ella es el que se procura con más esfuerzo quitarnos. Vosotros sabeis que la gran máxima, ó por mejor decir, el grande abuso de la ciencia del mundo, es; ocultarnos las verdades desagradables, principalmente á aquellos á quienes se-

ria útil é importante el conocerlas; porque para instruir á aquellos que no tienen necesidad de saberlas, y que deberian enteramente ignorarlas, el mundo en todos tiempos se ha tomado demasiada licencia y libertad; pues aunque dicen lo que es menester decir, no lo dicen á quien es necesario decirlo. Lo dicen con imprudencia, por murmuracion y por venganza, donde no es menester decirlo; y no lo dicen por obligacion y por conciencia donde era preciso; y al mismo tiempo que faltan á la caridad y su conciencia, esparciendo y publicando por todas partes una verdad odiosa, se fingen una falsa caridad, y se forman un engañoso escrúpulo y aparente obligacion de ocultar esta verdad, que ofende á aquel á quien personalmente le interesa, y á quien solo podia aprovecharse de ella.

Por esto Dios encargaba tanto á sus profetas, que se explicasen con una santa libertad cuando se trataba de reprender los vicios. Habla, le decia á Isaías, levanta la voz, y hazla resonar como una trompeta, cuyo sonido penetre hasta lo más interior de los corazones: *Clama, ne cesses, quasi tuba exalta vocem tuam* (ISAÍ. LVIII, 1). En lugar de predicar á mi pueblo verdades curiosas, verdades sutiles y agradables, ciñete solo á predicarles verdades que los confundan; hazles presentes sus iniquidades, y repréndeles todos sus escándalos y delitos: *Et anuntia populo meo scelera eorum, et domui Jacob peccata eorum* (ISAÍ. LII, 1). Por esto S. Pablo exhortaba á su discípulo Timoteo, á que amenazara, á que reprendiera y á que fulminara anatemas ántes que consolara á los fieles; y esto, que lo ejecutara sin el temor de hacerse importuno, y sin temer porque lo tuviesen á mal: *Argue, increpa, oportunè, importunè* (TIMOTH. IV). Los predicadores del Evangelio tienen una obligacion estrecha y precisa de decir la verdad: porque de ellos solos puede ésta esperar un testimonio fiel y constante; y todos debemos estar dispuestos á respetarla y venerarla, bien que ofenda nuestro amor propio.

Así se portó aquel desgraciado rey de Babilonia, á quien, como dice la Escritura, habló Daniel con la libertad de profeta, y le manifestó á un tiempo tres asombrosas y sensibles verdades: la primera, que habia sido puesto en peso y en balanza, y que habiendo pesado más sus delitos que sus virtudes, fué reprobado en el juicio de Dios. La segunda, que su reino seria dividido entre los persas y los medos. Y la tercera, que aquella misma noche habia de morir. No hubo persona que no temblase oyendo la libertad y energia de este discurso; todos creyeron que Daniel se habia buscado su ruina y perdicion, y no dudaron que Baltasar le sacrificase y quitase la vida al primer impulso de su cólera; pero este príncipe, que tenia

una alma grande, y que hasta en los reveses más sensibles de la fortuna habia conservado toda la moderacion de su espíritu, discurrió y pensó de un modo muy diverso; abrazó á Daniel y le llenó de favores, mandó en el momento que le vistiesen de púrpura, que le pusiesen un collar de oro, y que todo el pueblo le respetara y obedeciera, porque creyó que un hombre que era capaz de decir con generosidad y valor semejantes verdades á un príncipe, guardándole el debido respeto, y olvidando su propio interés por cumplir y desempeñar una accion tan heroica, era acreedor á toda especie de honores, merecia las mayores distinciones, y nunca podia ser premiado y elevado como era justo. Pero ¿cómo tratamos nosotros á esta verdad? ¡Ah! permitidme hacer aquí una comparacion entre nosotros y este infiel rey, y oponer su ejemplo á nuestra conducta. Bien léjos de amar esta verdad, la aborrecemos y la huimos; y cuando se nos ofrece á la vista, á pesar nuestro, nos irritamos y nos enfurecemos contra ella, teniendo por nuestros enemigos á los que nos la ponen presente, como si nos injuriaran. De aquí nacen las desazones y rencores, de aquí los ódios y las oposiciones, y de aquí tienen origen las enemistades y las desavenencias. ¿Cuántas amistades se han visto quebrar, cuántas comunicaciones se han roto, y cuántas guerras se han declarado por habernos dicho una verdad? Pero lo que aún es más extraño, es que aborrezcamos esta verdad por la misma razon que nos la debia hacer más amable: quiero decir, porque es verdad; pues si lo que nos reprende fuera ménos cierto, no nos ofenderíamos por ello, ni nos incomodaria tanto. Amados oyentes, abramos los ojos para conocer la verdad. Amémosla cuando nos reprende, y desconfiemos de ella y temámosla cuando nos lisonjea, que es lo que voy á demostraros en la segunda parte.

2. Si nosotrosuviéramos el espíritu tan recto, y el corazón tan firme y arreglado como se debe desear por el interés de nuestra propia perfeccion, no nos hallaríamos reducidos á la infeliz necesidad de temer, no solo los errores del siglo, sino aún la verdad, cuando no nos es agradable y ventajosa: pues la vanidad que en nosotros se registra, nos la hace perjudicial, y por una extraña corrupcion forma de nuestro propio bien la causa y materia de nuestro mal. Solo es propio de Dios (si me es permitido hablar de este modo) poder ser alabado con seguridad y sin que corra algun riesgo. Dios se alaba eternamente á sí mismo, y sin cesar está á todo momento oyendo la voz de sus criaturas que le dicen, que es grande, que es justo, que es admirable en sus consejos, y que él solo es digno de ser amado. Él recibe el testimonio que le dan de estas verdades sin perjuicio de su

infinita santidad; porque siendo en sí mismo la santidad y verdad por esencia, la verdad que en sí tiene no puede jamás alterar ni pervertir su santidad. Pero en nosotros sucede muy de otro modo; pues como no tenemos mérito alguno seguro, nuestras virtudes, aún las más sólidas y mejor fundadas, mientras participan de nuestra nada, tienen todas un carácter de inestabilidad que aún la gracia no destruye. Si reflexionamos bien las cosas, deberemos preservarnos de la verdad que nos lisonjea como de un escollo, porque nos engaña y nos pervierte.

¿Qué son por la mayor parte los elogios, según el estilo del mundo? Vosotros sabéis muy bien, que están reducidos á unas mentiras corteses, á unas exageraciones urbanas, á unas expresiones que nacen de una aparente estimación; no porque la razón así lo mande, ni porque el corazón á ello obligue; antes, por lo regular, son falsedades disfrazadas y encubiertas con el velo de la cortesía. Son unos términos expresivos y de honor, que nada significan. Son imposturas con que comercian los hombres entre sí y alimentan su vanidad. Las llamo *imposturas* autorizadas, ó por una falsa política, ó por un vil interés y culpable complacencia. Se dice de nosotros lo que deberíamos ser, pero no lo que somos; y nosotros, por una lamentable facilidad, para caer en el lazo que se nos prepara, creemos en efecto ser del modo mismo que la adulación nos supone y nos representa. Se hacen retratos de nuestras personas, en los cuales todo nos agrada, y nos parece que son muy naturales. Se nos dan elogios, que no son sino cumplimientos y apariencias, y los juzgamos realidades. Se alaban hasta nuestros vicios y pasiones, y no dudamos después reputarlas como virtudes. De aquí nace, que todos los días vemos hombres naturalmente modestos, y que serían humildes si se conocieran; pero lisonjeados con este vano incienso que les tributan, juzgan tener ya un gran mérito, cuando en la realidad no le tienen; dan gracias á Dios por mil beneficios que Dios no ha querido comunicarles; reconocen en sí talentos que no han recibido; se atribuyen el feliz éxito en muchos asuntos que no han tenido parte, y se felicitan y complacen en su interior secretamente de aquello mismo por lo que en público se les desprecia. Estas son las consecuencias regulares de esta viciosa inclinación que nos arrastra á amar y buscar la verdad que nos lisonjea y adula.

Pero, supongamos que la verdad que nos lisonjea sea tal como nosotros la creemos; desde el momento que nos lisonjea y adula, aunque no nos engañe, sostengo que nos pervierte por dos modos bien diversos. El primero, porque nos inspira un secreto orgullo, que des-

truye delante de Dios todo el mérito de esta verdad; y el segundo, porque disminuye en nosotros el celo de nuestra perfección, que si se hubiera conservado como era justo, hubiera producido en nosotros más ventajas que las que nos dimanen de esta verdad. ¡Ah, amados oyentes míos! mucho siento que el tiempo me sea corto para manifestaros este punto de moral. Yo convengo en que sea cierto que esta verdad os es gloriosa y ventajosa; pero por útil y gloriosa que sea, desde que deseáis oirla, es una verdad que os envanece, que os llena de orgullo, que os hace superiores á vosotros mismos y soberbios para con los demás, y, finalmente, os hace olvidar á Dios. ¿No hubiera sido más digno de desearse, que en un todo la hubieseis ignorado, y que para vosotros hubiera estado sepultada en el silencio y la oscuridad? ¿Cuántos espíritus se han infestado por el conocimiento de sus propios méritos? ¿Cuántos, dedicados á los ejercicios de piedad y devoción, y cuántas almas puras é ilustradas, han sido corrompidas por la reflexión que se les ha hecho hacer en las mercedes y gracias de que Dios las llenaba?

Pero aún no es esto todo; esta verdad que nos lisonjea, disminuye en nosotros el celo de nuestra perfección; porque siendo difícil de practicarla, y consistiendo su principal ejercicio en hacer cada nuevos progresos, en esforzarse para conseguirlos, y en vencerse á sí mismo, por grande que sea el deseo que tengamos de adquirirla, en ello trabajamos con fatiga y dificultad; y si pudiéramos dispensarnos de ello con estimación y honor, sería éste el favorable partido que abrazaríamos con alegría. A esto nos conducen y llevan infaliblemente las alabanzas de los hombres, por justas y legítimas que sean; pues escuchándolas continuamente, nos hacen al fin creer, que estamos ya en un elevado grado de santidad, y desde entonces nos empeizamos á entibiar y aflojamos; siendo así que S. Pablo decía á los filipenses: No permita Dios que yo crea que soy ya perfecto, no, hermanos míos: aún estoy muy distante del término á que aspiro; pero camino siempre, procurando llegar á donde el Señor me ha predestinado; y á este fin, olvidando lo que ya dejo pasado, y aspirando por conseguir lo que me falta, corro incesantemente hácia el fin de la carrera para ganar el premio y merecer la corona á que Dios me llama. (PHILIP. III, 13 ET 14). En lugar de hacer lo que S. Pablo, nosotros, por una conducta enteramente opuesta, miramos en nosotros con complacencia la poca bondad que hemos adquirido, y nos olvidamos de la que nos falta que conseguir. De aquí dimana, que un adulator y lisonjero es más digno de temerse que un enemigo. De aquí procedía, que David miraba como ultrajes é injurias los elogios que

recibia de la boca de los aduladores: *Et qui laudabant me, adversum me jurabant* (PSALM. CI, 9).

Amemos pues la verdad que nos reprende, y desconfiemos de la que nos halaga y nos lisonjea. Olvidemos la bondad que en nosotros puede haber, y nunca apartemos la vista de nuestros defectos. Las buenas obras nos santifican, y las malas nos corrompen; pero, por un efecto del todo contrarió, la memoria de las buenas obras nos perverte, y nada es más propio para santificarnos que el recuerdo de nuestros pecados: cómo si Dios, por una providencia particular, hubiera querido dar al pecador el consuelo de que pudiera hacer con la memoria de su culpa el remedio de su pecado; y como si al mismo tiempo hubiera querido dar al justo un contrapeso de su santidad, haciéndole encontrar en sus mismas buenas obras el motivo de la más peligrosa tentación. Miremos á los que nos aplauden como á gentes contagiosas; y si es posible, sea verdad decir de cada uno de nosotros lo que decía S. Ambrosio de Teodosio: Yo he respetado y amado á este hombre, porque siendo superior á todos los demás, ha estimado más á uno que le censura, que á otro que lo elogia. Pues los aplausos lisonjeros del que nos abona, llevan siempre consigo un mortal veneno; y las sábias y cristianas reprensiones de un censor, de un confesor, de un predicador, ó de un amigo, nos apartarán de nuestros desórdenes, nos harán volver á tomar el camino por donde debemos ir y del que nos hemos extraviado, nos conducirán al puerto de salvación, y nos harán llegar á la feliz eternidad, que os deseo.

VERGUENZA (*Sobre callar por vergüenza los pecados en la Confesion*); véase: CONFESION.

VERGUENZA; véase: PUDOR.

VESTIDOS; véase: TRAJES.

VIA-CRUCIS; véase: CAMINO DE LA CRUZ.

VIÁTICO; véase: SACRAMENTOS (*Últimos*).

VICIO Y VIRTUD.

Pietas ad omnia utilis est, promisionem habens vitæ, quæ nunc est, et futuræ.

La virtud sirve para todo, como que trae consigo la promesa de la vida presente, y de la futura.

(I. TIM. IV, 8.)

Llevado en alas de la imaginacion á elevadas regiones, y contemplando desde allí la vasta escena del mundo, veo ¡oh extraño espectáculo! por un lado, un horrendo mónstruo instalado en un verjel amenísimo; y por otro lado, una hermosa matrona relegada á la oscuridad de un fúnebre bosque; aquél vestido de oro y púrpura; ésta cubierta de miserables andrajos; el uno lozano y arrogante; la otra escuálida y macilenta; ámbos hablando en altas voces, pero cada uno en diverso tono, pues mientras aquél entona alegres cantos, ésta profiere amargas quejas y dolorosos lamentos.—«Yo, dice el mónstruo, he nacido para gozar; la dicha y la alegría son mi patrimonio: nado en la abundancia, corro de placer en placer, de satisfacción en satisfacción; la naturaleza toda me sonríe y me prodiga sus dones; mi vida es una continua série de prosperidades.»—«Yo, exclama la hermosa matrona, yo he nacido para padecer. Ando por un desierto cubierto de espinas y abrojos; como el pan de la tribulación, y apago mi sed con las lágrimas. La tristeza, el dolor y la aflicción, me asedian por todas partes. Sigo fatigosamente el camino de la vida, el cual, á medida que voy adelantando, se me vuelve más árduo y escabroso: mas, á pesar de esto, amo los trabajos y me consuela la aflicción.» Y aquí el mónstruo y la matrona ponderan á porfía la excelencia de los objetos de su amor; ésta, alabando el cielo y aquél la tierra; la una, ensalzando la santidad de Dios; y el otro encareciendo los atractivos del pecado. ¡Ay de mí! ¿cuál de los dos en tan empeñada contienda obtendrá la palma del vencimiento? ¿Será siempre la felicidad patrimonio del malvado? ¿No obtendrá nunca el justo recompensa alguna por el bien que hizo y las penas que padeció? ¿Dónde está la sabiduría que gobierna el universo? Mi fe vacila cuando contemplo el triunfo de los malos; y al ver la triste suerte de